JRS

Servicio Jesuita a Refugiados - Europa

EXPERIENCIAS DE MIGRANTES QUE VIVEN EN MARRUECOS Y ARGELIA



VIDAS EN TRÁNSITO

Diciembre de 2012

Investigación de **Andrew Galea Debono**

Basada en entrevistas a migrantes en Casablanca, Rabat y Tánger (Marruecos), y en Argel, Orán y Tamanrasset (Argelia)

VIDAS
EN TRÁNSITO

Publicación:
Michael Schöpf SJ

Edición:
Philip Amaral

Diseño:
Simona Zucca

Traducción al castellano:
Paula Merelo Romojaro

Edición en castellano:
Josep Buades Fuster SJ
Luisa Melero Valdés

El Servicio Jesuita a Migrantes (SJM) - España es una red de entidades jesuitas dedicadas al estudio de las migraciones, a la acogida y formación de inmigrantes, a la promoción de una sociedad inclusiva, integrada e intercultural.

Servicio Jesuita a Migrantes-España
www.sjme.org
info@sjme.org

EL Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) es una organización internacional católica creada en 1980 por el P. Pedro Arrupe SJ. Su misión consiste en acompañar, servir y defender la causa de las personas desplazadas forzosamente.

Servicio Jesuita a Refugiados-Europa
Rue du Progrès 333/2
1030 Bruselas, Bélgica

Tel: +32 (0) 2 250 32 20
Fax: + 32 (0) 2 250 32 29
Email: europe@jrs.net

www.jrseurope.org
www.detention-in-europe.org
www.twitter.com/JRSEurope

ÍNDICE

2 Introducción

5 Marruecos
5 La historia de Audrey
7 Razones para huir
9 Un viaje traumático
12 Un sueño rodeado por una verja
13 En busca de protección en Marruecos
15 Sin acceso al trabajo, forzados a mendigar
17 Miedo a las redadas policiales: enviados a tierra de nadie
20 Acuerdo bilateral con España
22 Bloqueados

24 Argelia
24 Sin otro lugar adonde ir
26 Protección sin integración
28 Cruzar el desierto: una prueba traumática
30 Sin derecho al trabajo: la lucha por la supervivencia
33 Redadas y expulsiones al Sur
34 En el hospital: otro tipo de lucha por la supervivencia
35 Un futuro incierto
36 Identificar a los más vulnerables y en peligro

40 Conclusión: transferencia de responsabilidades

42 Recomendaciones
A las Instituciones de la UE y sus Estados miembros
A los gobiernos de Marruecos y Argelia
A las personas de buena voluntad preocupadas por los derechos de los refugiados y migrantes

Introducción

Las orillas del norte de África, separadas por el mar de las fronteras del sur de Europa, han sido durante mucho tiempo rutas de comercio y migración. Ya fueran caravanas cruzando el desierto desde el sur o comercio por vía marítima desde el norte, hay una larga historia de personas que cruzan países como Marruecos o Argelia y se asientan en ellos. Desde finales de 2010, han acontecido numerosos cambios drásticos en el norte de África y Oriente Medio, con enorme impacto en la región y en sus flujos migratorios. Los conflictos en Libia y Siria derivados de la Primavera Árabe y los continuos brotes de violencia en Costa de Marfil han desplazado a varios miles de personas y cambiado las rutas migratorias. La Primavera Árabe tuvo una repercusión directa en Marruecos, con cambios políticos que incrementaron las redadas policiales y las expulsiones de inmigrantes subsaharianos. En los últimos meses, el conflicto y la persecución en Mali han forzado el desplazamiento de más de 200.000 personas dentro de su propio país y han afectado a la seguridad en el sur de la vecina Argelia. El gobierno argelino ha paralizado temporalmente las expulsiones a la frontera con Mali y los propios migrantes no se sienten seguros pasando por Mali en su camino hacia el norte.

Las políticas de fronteras de la UE al respecto, como son el uso de misiones coordinadas FRONTEX y los acuerdos para el control fronterizo bilateral, también han repercutido en países norteafricanos como Marruecos y Argelia. Aunque reciben un constante flujo de entrada de inmigrantes que huyen bien del conflicto y la persecución, bien de situaciones de pobreza, un número creciente de personas se han visto bloqueadas en ellos, sin posibilidad de avanzar hacia Europa ni de retroceder hacia sus países de origen. Esto ha convertido a países tradicionalmente de tránsito en países de destino, ya que la Unión Europea utiliza su espacio como tapón. Los primeros en sufrir las consecuencias de las políticas de fronteras de la UE son las propias personas migrantes. Las adversidades y los riesgos a los que se enfrentan rara vez se tienen en cuenta a la hora de diseñar las políticas que les afectan directamente. Las consecuencias pueden variar entre quedar paralizado en tránsito por años –viviendo sin apenas derechos y en condiciones infrahumanas- hasta casos de personas que pierden la vida tratando de cruzar a Europa en condiciones extremas.

Pese a que todos los países del noroeste de África (Marruecos, Argelia, Senegal y Mauritania) han ratificado la Convención de las Naciones Unidas para los Refugiados (1951) y su Protocolo (1967), solo Mauritania ha dictado leyes de asilo y se ha dotado de un sistema local. En los demás casos, la responsabilidad de determinar quién tiene necesidad de protección como refugiado

[1] Bakewell, O. and de Haas, H. (2007). 'African Migrations: continuities, discontinuities and recent transformations', in L. de Haan, U. Engel and P. Chabal (eds.). African Alternatives, Leiden: Brill.

[2] Andrijasevic, R. (2006). 'How to Balance Rights and Responsibilities on Asylum at the EU's Southern Border of Italy and Libya', Centre on Migration, Policy and Society, University of Oxford.





y asegurar que se garantizan sus derechos básicos se deja en manos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). El reverso de esta situación es que los gobiernos locales no siempre reconocen automáticamente la condición de refugiado otorgada por ACNUR y, además, muchos funcionarios y policías de las escalas más básicas ignoran los derechos que garantiza la condición de refugiado. El derecho al trabajo es uno de los derechos violados más importantes, haciendo difícil hablar de una protección significativa salvo en lo tocante al derecho a ser protegido de la deportación forzada. Al mismo tiempo, todavía queda tarea pendiente para establecer sistemas nacionales fuertes y efectivos que identifiquen a los más vulnerables, incluidos quienes necesitan protección y víctimas de tráfico de personas en flujos migratorios mixtos.

A pesar de las variadas razones que llevan a los migrantes a vivir en un determinado país, comparten una situación similar en el país receptor. Su situación legal es semejante, y tienen problemas para acceder a servicios generales y al mercado de trabajo. La seguridad en la subsistencia se ha venido definiendo como seguridad en el empleo, seguridad en la vivienda y capacidad de resolver una situación crítica. El estatus legal se liga a la posibilidad de acceder a un empleo seguro, mientras que el derecho a la reparación en los tribunales cumple un papel importante en la capacidad para resolver una crisis.

Generalmente, la población local ve a los inmigrantes irregulares como seres humanos de segunda clase, invisibles y sin voz. La resiliencia psicológica y el nivel de vulnerabilidad de cada persona tienen un

[3] Perfil de las operaciones regionales 2012-África (ACNUR).
[4] Mazzucato, V. (2007). 'The role of transnational networks and legal status in securing a living: Ghanaian migrants in The Netherlands'. Centre on Migration, Policy and Society, University of Oxford.



Familias en el proyecto del JRS en Casablanca
© JRS Morocco

impacto profundo en su capacidad para salir adelante con éxito en ese nuevo entorno .

El JRS estableció el proyecto "Observatorio" para comprender mejor el impacto humano que tienen las políticas de la UE de retorno y de fronteras que afectan al África del Norte y del Oeste. Mediante visitas de campo, entrevistas a los mismos migrantes y a otros agentes relevantes como los prestadores de servicios, el JRS trata de abrir una ventana a través de la que tomar conciencia sobre la vida de estas personas y sus condiciones de vida. Mantiene la esperanza de que se tengan en cuenta dichas experiencias en la toma de decisiones y que aquellas personas afectadas por tales políticas puedan ser escuchadas por quienes tienen la última palabra.

Una investigación previa sobre la situación de migrantes bloqueados en Marruecos o Argelia, dio como resultado la publicación del informe "No sé dónde ir. Experiencias de Migrantes que viven en Argelia y Marruecos" (JRS Europa, septiembre 2011). Gracias al generoso apoyo económico de la Fondation Assistance Internationale, hemos podido organizar una nueva misión a estos dos países durante la cual el investigador del JRS, Andrew Galea Debono, realizó múltiples entrevistas a inmigrantes y a distintas personas involucradas, proporcionando información actualizada.

El autor y el JRS Europa dan las gracias de forma especial a las siguientes personas y organizaciones por su apoyo a este proyecto: el JRS Marruecos y el proyecto SAM; los proyectos en Rabat y Tánger de Cáritas Marruecos; Le Groupe Antiraciste de Défense et d´Accompagnement des Étrangers et Migrants (GADEM); Cáritas Argelia; Rencontre et Développement (CCSA: Comité Chrétien des Services en Algérie); la oficina del Consejo Italiano para los Refugiados en Argelia; el P. Thierry Becker, Padre Blanco; la comunidad de jesuitas en Argel; la Dra. Nicolette Busuttil del JRS Malta; el P. Josep Buades Fuster SJ; y en especial a todas las personas migrantes y refugiadas que compartieron sus vidas con nosotros.

Dedicamos esta publicación a la memoria de los miles de hombres, mujeres y niños que han perdido sus vidas ante las fronteras cerradas de Europa.

[5] Médecins Sans Frontières (MSF) (2009). 'Not Criminals – Médecins Sans Frontières exposes conditions for undocumented migrants and asylum seekers in Maltese detention centres', Brussels Operational Centre: Brussels.

MARRUECOS

La historia de Audrey

Hubo un tiempo en que Audrey vivía una vida normal en Abidjan, capital de Costa de Marfil, con su marido y sus tres hijos. Trabajaba como secretaria en una importante empresa, y a media jornada en una ONG, mientras que su marido lo hacía para una gran compañía petrolera. A la vez, Audrey militaba en política y encontraba tiempo para colaborar como voluntaria con organizaciones que ayudaban a mujeres abandonadas. Tras las elecciones presidenciales de 2010 estalló un conflicto brutal en el que cientos de personas fueron asesinadas y varios miles se vieron obligados a huir de sus hogares.

"Había disparos en las calles y estábamos rodeados de violencia", recuerda. "Hubo gente armada que empezó a entrar en las casas, buscando especialmente personas activas en política. Mi familia también estaba en el blanco, por lo que nos quedamos en casa varios días sin salir, con la esperanza de estar a salvo. Después de algún tiempo se nos acabó la comida, así que me vi obligada a salir a buscar comida y bebida, pues empezábamos a pasar hambre. Me llevé a mis dos hijas y se quedaron en casa mi marido y mi hijo. De vuelta, encontré la puerta abierta e impactos de balas por todas partes. Supe que algo terrible había ocurrido y entré corriendo. Mi marido y mi hijo yacían en el suelo. Desesperada, me puse a gritar socorro. Mis



Un día típico en el proyecto "SAM", *Service Accueil Migrants*, del JRS en Casablanca. © JRS Morocco

hijitas lloraban a mi lado. Conseguimos traer un médico para intentar ayudarles. Mi marido sobrevivió a duras penas y ahora está discapacitado, pero mi hijo, que tenía 8 años por entonces, no despertó jamás".

Aunque sobrevivió, al marido de Audrey le fracturaron la columna y tendrá que llevar corsé el resto de su vida. Además tiene una cicatriz enorme en el brazo, pues le rajaron con un machete. Audrey reunió las pocas fuerzas que le quedaban y se llevó a su marido herido y a sus dos hijas a Ghana. Para cruzar la frontera, cambiaron sus identidades y se vistieron de tal forma que no fueran reconocidos al abandonar el vecindario. Su marido apenas podía caminar, lo que complicaba más las cosas. Se les reconoció su condición de refugiados y vivieron en un campo de ACNUR unos 10 meses, hasta que se vieron obligados a huir de nuevo cuando crecieron las tensiones dentro del propio campo. Comenzaron un largo y duro camino hacia Argelia. A veces tuvieron que caminar por el desierto para llegar de un lugar a otro, a pesar de la discapacidad de su marido.

Audrey y su familia llegaron finalmente a Marruecos, país del que habían oído que respetaba los derechos humanos. Ella necesitaba un lugar seguro donde cuidar de su marido, que tiene dificultad para moverse y no puede trabajar. A los 27 años, Audrey debe cuidar de su marido y sus dos hijas ella sola. Siente que todo lo que hace es sufrir y no puede olvidar la muerte de su hijo. Desde su llegada reciente a Rabat, la familia vive en una pequeña habitación, y una ONG les ayuda pagando el alquiler dada su difícil situación. Esto les dará tiempo para asentarse y comenzar a valerse por sí mismos.

Audrey, ahora mismo no tiene trabajo, y le resultará difícil buscarlo mientras cuida de su marido y sus hijas. También le resulta imposible conseguir un permiso de trabajo, y frecuentemente hay redadas policiales entre los inmigrantes, a quienes expulsan más allá de Uxda, a la frontera con Argelia. Al llegar a Rabat, solicitaron asilo a través de ACNUR y ahora mismo tienen certificados de solicitantes de asilo mientras se resuelve su caso. Esperan conseguir la condición de refugiados y apoyo de ACNUR en el futuro.

Audrey tiene muchos remordimientos. "Si no hubiera estado involucrada en política, mi marido estaría hoy bien y mi hijo seguiría vivo. Me siento culpable por ello. Pero, ¿desde cuándo es un crimen estar en política?", se pregunta.

Muchas mujeres se encuentran teniendo que hacer frente solas a situaciones muy complicadas, a veces incluso teniendo que cuidar de las familias que dependen de ellas. Por esta razón, el JRS inició para estas personas que viven en Casablanca un proyecto que se llama Servicio de Acogida a Migrantes (SAM).

El proyecto incluye capacitación, cursos de idiomas y otras actividades para las mujeres, una guardería para sus hijos de distintas edades y ayudas parciales para comenzar pequeñas actividades que generen beneficios. También facilita apoyo social y ayuda urgente a aquellos que lo necesitan. Se recaba información sobre sus necesidades y los obstáculos que encuentran para, junto a otras organizaciones, proponer cambios.

Razones para huir

A pesar de recorrer rutas similares, las personas dejan sus países de origen por muy diferentes razones. Cada inmigrante entrevistado tenía un motivo particular que forzó un viaje difícil y arriesgado.

Ayudar a la supervivencia de la familia

Al perder a su padre, quien mantenía a la familia, Mirabel, tuvo que dar con la forma de mantener a sus siete hermanos. "Mi hermana murió de apendicitis porque no pudimos permitirnos pagarle el tratamiento adecuado". La pobreza puede matar tanto como la guerra. Una vez que su padre murió dos años después, Maribel tuvo que salir al extranjero para ayudar a sobrevivir al resto de su familia enviándoles el dinero que trataba de ganar.

Desempleo

Isaac solía trabajar como vendedor de zapatos de segunda mano en Ghana, pero un día perdió su trabajo y no pudo seguir



La verja que separa Marruecos de Ceuta (España).
© Andrew Galea Debono

manteniéndose ni cubrir las necesidades básicas de su familia. Tenía un amigo que había conseguido llegar a Europa y montar un negocio de importación/exportación entre Europa y Ghana. Isaac quiso probar y hacer lo mismo.

Empleo doméstico

Fatou llegó de Senegal con una oferta de trabajo como peluquera y esperaba enviar dinero a su familia. Pronto comprendió que en realidad la querían como empleada del hogar en condiciones extremadamente duras. Se negó a aceptar y huyó, pero todavía no ha encontrado la forma de volver a casa. Muchas otras mujeres desesperadas aceptan esas condiciones de trabajo.

Conflicto y persecución

Habiendo perdido a su padre cuando era muy joven, Esther huyó de la guerra y la persecución religiosa en Costa de Marfil. Cuando estalló el conflicto en 2011, su tío fue asesinado y su marido huyó, dejando que se las arreglara consigo y con una hija pequeña. A pesar de haber sido gravemente herida durante la guerra y de llevar tremendas cicatrices por todo el cuerpo, Esther encontró la fuerza para escapar con su hija. Brunelle huyó de la violencia que surgió después de las elecciones de 1997 en Congo-Brazzaville, donde fueron asesinadas decenas de miles de personas. Está tan traumatizada por lo que vio que nunca tendrá fuerzas suficientes para volver.

El conflicto puede desplazar a personas de cualquier edad. Olivia tenía 61 años cuando se vio forzada a abandonar Costa de Marfil por el conflicto de 2011 que le costó la vida a su marido. Ya había perdido a sus dos hijos en el enfrentamiento anterior en 2002. Por otro lado, Flora tenía solo 17 años. Antes de la guerra, iba a la escuela en Abidjan como todos los niños de su edad. Cuando estalló la guerra, Flora y su hermana, que tiene un año más, huyeron del país buscando seguridad.

Persecución política

Deborah tenía a su marido en el ejército pero, después de la tormenta política de la República Democrática de Congo, se vio forzada a huir. Una mañana, su marido fue a trabajar como de costumbre, pero al estallar el conflicto, la telefoneó para decirle que cogiera a los niños y escapara. En ese momento, él trabajaba para un general que acababa de ser defenestrado con el resto de autoridades militares. Después de eso desapareció, y ella nunca más volvió a saber de él. Durante el viaje, hombres armados la golpearon y violaron cerca de la frontera entre Benín y Níger. No sabe quiénes eran estos hombres, pero a día de hoy sigue traumatizada por la violencia sufrida.

Rechazo familiar y enfermedad

A Abby, la mandaron fuera de Nigeria su marido y su familia política. No fue hasta llegar a Marruecos cuando se dio cuenta de que él la había infectado con el VIH. Al principio él se quedó con su hija, pero cuando murió de SIDA, Abby consiguió llevársela a Marruecos consigo. Las dos tienen acceso a la medicación y tratamiento necesarios a los que, muy probablemente, no habrían tenido acceso en su país de origen.

Un viaje traumático

Habíamos estado caminando por el desierto durante días, abandonados por los traficantes que trataban de huir de la policía de Argelia. La policía sabía que estábamos en medio del desierto y cuando nos encontraron, echaron tierra en la poca agua que teníamos y nos dejaron allí. No teníamos más comida ni agua. Anduvimos y anduvimos tratando de encontrar algún pueblo o asentamiento, pero no sabíamos dónde ir. Los más débiles comenzaron a caer. Continuamos caminando, mi amigo y yo. Pero incluso nosotros nos quedamos sin fuerzas. Mi amigo cayó y nunca más se levantó. Y poco después, yo también caí. Sabía que ese era el final para mí. Cerré los ojos y perdí la consciencia. Pensé que iba a morir en ese mismo instante".

En ese momento, Fabrice, un camerunés de 37 años, se echó a llorar. Necesitó unos minutos para recomponerse y continuar su relato. También habría muerto, como mucha otra gente antes que él, si no lo hubiera visto y recogido un nómada que pasaba por el desierto. Le llevó a un campamento militar en Níger donde fue atendido. Recuperó la consciencia dentro del campamento y tardó varios días en recuperarse.



Vista de la verja que separa Marruecos de Ceuta, y Europa © Andrew Galea

Muchas personas arriesgan sus vidas en el desierto, al albur de traficantes y bandidos, caminando durante días casi sin comida ni agua.

> "Muere tanta gente en el desierto... No puedes ni imaginarlo. Simplemente se mueren allí y sus cadáveres quedan cubiertos de arena. El mundo olvida que alguna vez existieron. Pero yo nunca olvidaré a mi amigo, ni a ninguna de las demás personas que vi morir a mi alrededor".
>
> Fabrice, de Camerún

Dos años después, en 2006, Fabrice asumió otro riesgo. Trató de nadar dos kilómetros, de noche, desde las costas de Marruecos al enclave español de Ceuta. Era costumbre que aquellos que sabían nadar llevasen consigo a otra persona que no supiera. A Fabrice le pidieron que ayudara a una mujer embarazada que tenía un neumático alrededor de la cintura como flotador. Cuando estaban lejos de la costa, ya cerca de Ceuta, el neumático se desinfló y la mujer comenzó a hundirse. Fabrice hizo lo que pudo para salvarla pero, en la lucha por sobrevivir, ella perdió el conocimiento. Él tiraba de ella a la vez que nadaba, desesperado por salvar la vida de la mujer y de la criatura que llevaba en su seno.

La conmoción de esta lucha por sobrevivir fue percibida por miembros de la Guardia Civil española, quienes se acercaron y les subieron a bordo de su embarcación.

"En lugar de llevarnos a lugar seguro y ayudar a la mujer a recuperarse, nos devolvieron cerca de la costa de Marruecos y nos echaron de nuevo al mar. Supliqué que no lanzaran a la mujer. Les dije que estaba embarazada pero no parecieron creerme. Todavía estaba inconsciente cuando la arrojaron de nuevo al mar. Yo la agarré y comencé a nadar hacia la



Nadar a Ceuta desde Marruecos es arriesgado, pero una de las pocas opciones que quedan a muchos migrantes para conseguir protección
© Andrew Galea Debo

orilla. La policía marroquí nos vio desde la orilla y corrió al agua a ayudarnos a llegar a tierra. Conseguimos sobrevivir, pero la mujer perdió a su hijo".

No mucha gente se para a pensar en lo que puede llevar a un ser humano a afrontar un riesgo como ese. ¿Qué situaciones están empujando a la gente a dejarlo todo y ponerse hasta en peligro de muerte? Este tipo de migraciones desesperadas es un síntoma de problemas más graves, que muchas veces se ignoran cuando se buscan soluciones más a corto plazo, como las expulsiones o las medidas represivas de control de fronteras. La vida humana no es siempre una prioridad cuando se diseñan estas políticas, pero cuando se escuchan los traumas vividos por personas como Fabrice, uno comienza a cuestionarse las actuales prioridades.

Una psicóloga que presta su apoyo a inmigrantes en Rabat observa que la mayoría de los que ella ha conocido sufren algún tipo de estrés psicológico, generalmente traumatizados por hechos acaecidos en sus países de origen –en los peores casos, han sufrido las consecuencias de la guerra y la violencia, como aquellos que huyen desde la República Democrática del Congo o Costa de Marfil-.

También pueden verse afectados por otro tipo de traumas: exilio, racismo, rechazo y problemas con los que se encuentran a lo largo del viaje. Una vez que abandonan sus países de origen, frecuentemente sufren la exclusión en los países por los que pasan y cuando llegan a su destino último. Muchas mujeres son víctimas de violencia sexual en su viaje hacia Marruecos e incluso cuando llegan. Hay dos rutas terrestres principales para llegar a Marruecos: a través de Uxda en la frontera con Argelia, y a través de Mauritania, al sur. Por lo que ha sabido esta psicóloga por la gente a la que ha tratado profesionalmente, las mujeres que utilizan la ruta a través de Argelia soportan un riesgo mayor de ser violadas.

Los efectos del trauma varían de una persona a otra. Algunas víctimas de abuso sexual u otras experiencias traumáticas tienen dificultades para recuperar la confianza en la vida cotidiana. La resiliencia de cada persona influye directamente su modo de reaccionar. Las redes de apoyo pueden ayudar a las personas a superar sus traumas, pero estas comunidades son muy pobres y con pocos recursos, por lo que también necesitan apoyo externo para salir adelante.

Emerson, de Sierra Leona, comenzó a visitar la oficina de una ONG en Tánger para tratar de superar su adicción a las drogas, en la que había caído como mecanismo para olvidar sus traumas de guerra.

Al final se dijo a sí mismo: "La guerra ha terminado. Ya es hora de vivir una vida normal". Rezó pidiendo la fuerza necesaria para superar sus problemas. La ONG le envió al hospital y, poco a poco, comenzó a superar su problema con las drogas y a retomar las riendas de su vida. Cuando un amigo suyo enfermó y murió, Emerson decidió dar un paso más y ayudar a otras personas. Quería ayudar a otros como otros le habían ayudado a él en el pasado, así que comenzó a colaborar como voluntario en la ONG.

Un sueño rodeado por una verja

Llegando a Ceuta desde la ciudad marroquí más próxima, Fnideq, se ven inmediatamente las alambradas que se extienden hasta el mar, rebasando la línea costera. La policía marroquí parece perfectamente equipada y totalmente dispuesta a asegurar que nadie escape a Ceuta, ya que numerosas patrullas y guardias vigilan el lado marroquí de la frontera. Rodea el lugar una doble verja, alta y con alambre de espino, prácticamente imposible de escalar. La gente como Fabrice arriesga su vida tratando de nadar o remar en pequeños botes por la noche para entrar en territorio español. Aquellos a quienes se detiene en la frontera son generalmente tratados con brusquedad y enviados de vuelta a Marruecos, y frecuentemente expulsados a la frontera con Argelia.

Los pocos que consiguen llegar a Ceuta no encuentran riquezas ni una vida fácil, pero al menos tienen la esperanza de que por fin se les respeten sus derechos y tengan más opciones de las que tenían para salir adelante en la vida. Una vez en Ceuta, pueden solicitar asilo. Se les deriva a un Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI) pero no todos son enviados a la Península; incluso dándose casos de personas a las que se les ha mantenido bloqueadas en el diminuto territorio de Ceuta durante un año o más. Esta situación ha llevado a algunos inmigrantes a referirse a Ceuta como una "dulce prisión".



Llegando a Ceuta por carretera desde la ciudad marroquí de Fnideq
© Andrew Galea Debono

En busca de protección en Marruecos

Por su situación geográfica, históricamente Marruecos está en una ruta migratoria. Recientemente se ha convertido en país receptor de refugiados. Hasta poco se le consideraba país de tránsito. Esta situación cambia, ya que muchos migrantes y refugiados se quedan en Marruecos durante periodos más extensos. Marruecos ratificó la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de las Naciones Unidas de 1951 poco después de que entrara en vigor, y es también parte de todos los instrumentos internacionales principales para la defensa de los derechos humanos. Pero a día de hoy no hay una ley nacional de asilo, por lo que ACNUR decide quién ha de recibir protección como refugiado en el país. Según fuentes del gobierno e investigadores independientes, Marruecos alberga más de 10.000 inmigrantes subsaharianos irregulares.

A comienzos de 2012, las estadísticas de ACNUR contaban 615 solicitantes de asilo y 736 refugiados reconocidos. Estas cifras no tienen en cuenta a quienes necesitan protección internacional o a quienes se encuentran en una situación especialmente vulnerable pero que, por miedo o desconocimiento, no acuden a ACNUR a solicitar asilo. Marruecos abrió una Oficina Nacional para Personas Refugiadas y Apátridas (Bureau marocain de réfugies et apatrides, BMRA) con el fin de garantizar la protección de quienes habían sido reconocidos como refugiados. Sin embargo, esta oficina nunca ha sido realmente efectiva y dejó de funcionar en 2004; por lo que todos los casos relacionados con refugiados recaen en ACNUR. Recientemente se ha establecido el Consejo Nacional Marroquí de Derechos Humanos (Conseil national des drotis de l´homme, CNDH) que empieza a ser más activo en lo concerniente al asilo y puede proporcionar ayuda a personas detenidas en el aeropuerto de Marruecos. El CNDH tiene carácter consultivo e investiga el modo de armonizar los Derechos Humanos con la legislación local.

Los tribunales de justicia marroquíes tienen la obligación de asegurar el respeto de los Derechos Humanos y, específicamente, los derechos de los migrantes en el país. La Ley 02-03 , similar a la ley francesa de inmigración, regula la entrada y permanencia de extranjeros en el país, así como la inmigración y emigración irregulares. Son aplicables otras normas según la especificidad del caso. La Ley 02-03 garantiza una serie de derechos a los inmigrantes, como el derecho a un abogado, a contactar con su embajada o a que se les notifique la expulsión inminente. Sin embargo, esta ley es poco conocida entre las autoridades locales y frecuentemente no se respeta.

Cuando se cumplen las notificaciones requeridas según la ley, hay veces en que se las entregan a los inmigrantes en árabe, por lo que no saben lo que firman. Muchas expulsiones directas a la frontera no cumplen

[6] Perfil de las operaciones regionales 2012-África (ACNUR).

[7] Ley nº 02-03 de 16 de ramadán de 1424 (11 de noviembre de 2003) relativa a la entrada y permanencia de extranjeros en el Reino de Marruecos, a la emigración e inmigración irregulares (Boletín Oficial nº 5162 de 20 de nov. de 2003).

todas las formalidades legales.

Las ONGs locales comienzan a concienciar sobre la Ley 02-03 y otros derechos a los que deberían tener acceso las personas inmigrantes y aquellas bajo protección internacional. A los inmigrantes también se les niegan derechos como el de un estado civil o el de matrimonio.

Por ejemplo, un inmigrante irregular tiene imposible casarse, porque necesitaría permiso del gobierno, y si lo solicitara, se enfrentaría a la expulsión. El matrimonio también es complicado para los refugiados, pues en ocasiones se les pide que acudan a sus embajadas a solicitar determinados documentos, sin tener en cuenta que sufren persecución en sus países de origen.

En una sentencia judicial de 2009 , un juez marroquí reconoció que los refugiados no están en situación irregular en el país. Decisiones como estas son muy importantes a la hora de sentar precedente y una cierta comprensión del concepto del asilo, pero son raras. En cualquier caso, los refugiados y los inmigrantes tienen todavía muchos obstáculos a los que enfrentarse en su camino, como la discriminación frente a la ley y una ausencia total de acceso coherente y directo a los derechos básicos. El acceso a servicios básicos como la sanidad o la educación varía de una ciudad a otra, siendo más fácil en unos lugares y muy deficiente en otros.

Tanto el acceso como la calidad de los servicios para las personas inmigrantes depende en muchas ocasiones del personal que trabaja en una institución concreta. Parece no haber criterios nacionales sobre el acceso de los inmigrantes a los servicios.

Aunque los hospitales públicos en Tánger atienden a inmigrantes sin papeles y no se paga la asistencia sanitaria de urgencia, hay algunas excepciones preocupantes que invitan a pensar en la necesidad de una visión más coherente.

En 2010, una mujer inmigrante dio a luz en un hospital en Tánger y fue dada de alta a los dos días. Al poco, la madre y el bebé enfermaron y tuvieron que volver al hospital, pero fueron rechazados. El bebé murió y las autoridades le pidieron a la madre que registrara la defunción. Cuando fue a hacerlo, la policía le dijo que ella y su familia estaban en el país de forma irregular y les expulsaron. El marido, la madre enferma que acababa de perder a su bebé y sus hijos pequeños fueron expulsados al páramo en la zona fronteriza con Argelia.

La falta de reconocimiento del estatus legal, así como las diferencias de etnia y lengua, implican grandes dificultades para los refugiados, así como para otros inmigrantes en Marruecos, a la hora de procurarse unos medios de subsistencia sostenibles.

El tema de la violencia racial contra los subsaharianos en Marruecos es también muy serio y está muy extendido. Hay frecuentes denuncias de ataques a inmigrantes, en ocasiones incluso con resultado de muerte, pero la policía rara vez hace algo por castigar a los agresores.

[8] Sentencia del Tribunal de Primera Instancia de Rabat de 27 julio de 2009, n° 1013,dossier n° 1116/69/21.

Sin acceso al trabajo, forzados a mendigar

La falta de acceso al trabajo está entre los principales problemas a los que se enfrentan los inmigrantes. Ello lleva consigo otro tipo de problemas, como el acceso a una vivienda. Muchos se ven obligados a pedir para pagar el alquiler y los que ganan lo suficiente para pagarlo a duras penas, a menudo comparten habitación con otras muchas personas en suburbios pobres y alejados. Las habitaciones pequeñas pueden llegar a costar hasta 1.000 dírhams (90,00 €), que no son fáciles de conseguir para quien no tiene trabajo. Los gastos de agua y luz pueden suponer otros 300 dírhams (27,00 €). La ayuda económica para el pago del alquiler no es viable para las organizaciones que trabajan con migrantes, salvo en casos muy extremos.

A Doris le cortaron el suministro de luz del cuartucho en el que vive porque no podía pagar ni las facturas más pequeñas. Tiene que arreglárselas sola porque su marido la abandonó, a ella y a su hijo. Todos los días busca trabajo, pero no ha encontrado uno estable.

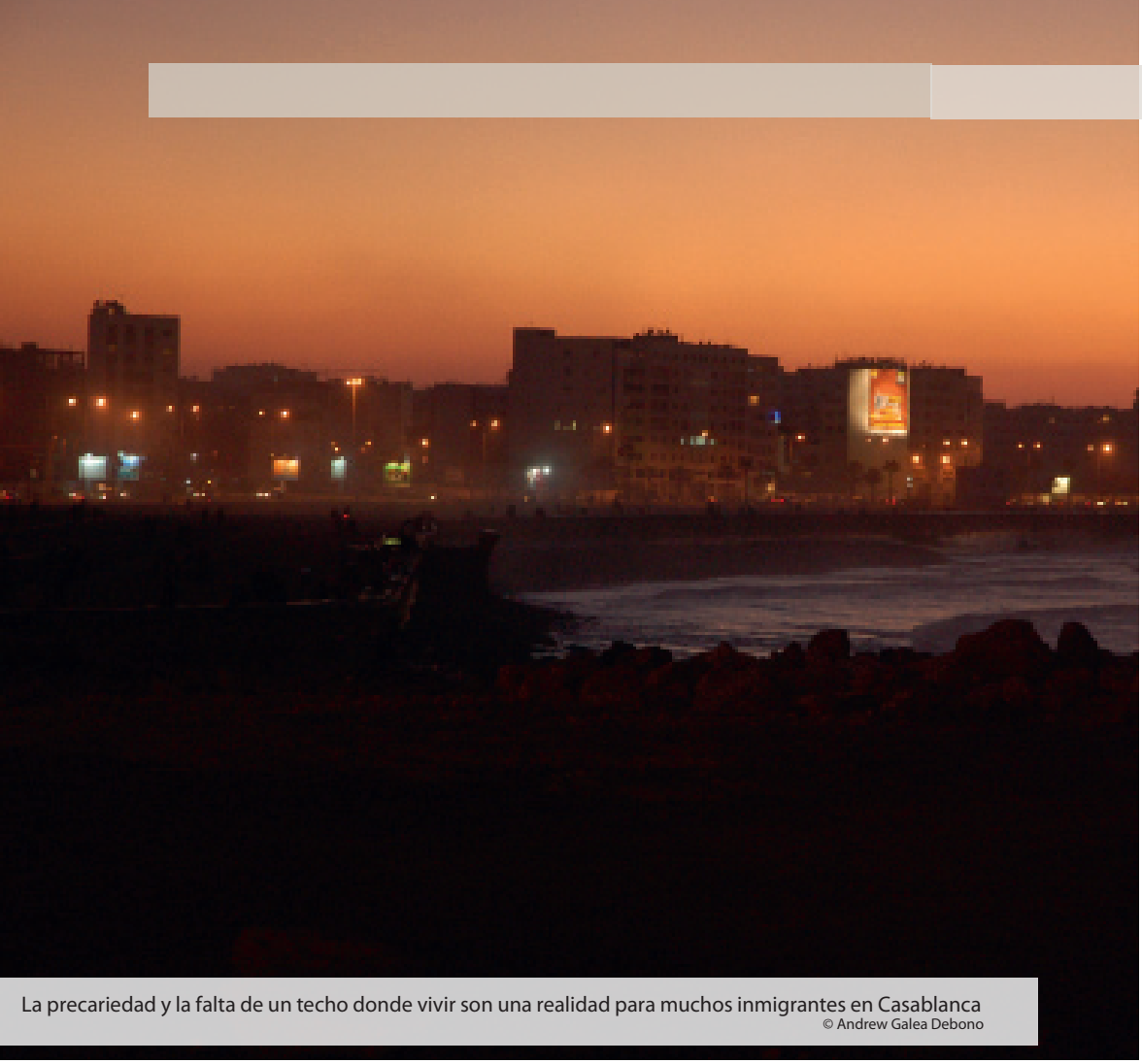
Incluso cuando surge alguna oportunidad, solo le ofrecen 50 dírhams (4,50 €) por todo un día de trabajo, que no le alcanzan para cubrir sus gastos y los de su hijo. Su única fuente estable de ingresos es la mendicidad, apelando a la caridad de la gente. "Lloro cuando mendigo. Me siento tan humillada pidiendo dinero en la calle. A veces las cosas se ponen tan mal que incluso tengo que pedir agua a mis vecinos".

Nada más llegar a una ciudad marroquí, hay gente que vive en la calle, como Nora, una mujer embarazada con tres hijos. Están así hasta que alguien, normalmente de la comunidad migrante, les ayuda y les mantiene hasta que pueden valerse de nuevo por sí mismos. Una vez que encuentran donde vivir, las pésimas condiciones de alojamiento suelen estar unidas a una situación higiénica precaria, lo cual suele resultar en enfermedades. Los meses de invierno son especialmente difíciles por falta de calefacción y de protección para los niños.

Algunas familias se ven obligadas a vivir separadas por su situación económica y el precio de los alquileres en las ciudades grandes. Emerson no puede permitirse vivir en la misma ciudad que su mujer y su hija. Vive en Tánger, intentado encontrar un trabajo que le ayude a mantenerlas. Comparte una habitación pequeña con otros tres, para compartir los gastos de alquiler. Su mujer y su hija viven en Fez, donde el alquiler es más barato, pero mucho más difícil encontrar trabajo.

Cuando mendiga por la calle, los marroquíes muchas veces insultan a Michelle, diciéndole que se largue y busque un trabajo –pero no lo encuentra por más que busca. "Cuando busco trabajo, me preguntan si tengo papeles. Cuando digo que no, me dicen que no hay nada para mí. A veces me para la policía y tengo que usar todo el dinero que he conseguido para zafarme de ellos y evitar que me envíen a Uxda. Me quedo sin nada".

La indigencia es un gran reto para los psicólogos que trabajan con inmigrantes



La precariedad y la falta de un techo donde vivir son una realidad para muchos inmigrantes en Casablanca
© Andrew Galea Debono

traumatizados en Rabat. A quienes sufren traumas y otros trastornos psicológicos les cuesta mucho recuperarse cuando no tienen dónde dormir. La estabilidad social es esencial para empezar si quiera a recuperarse psicológicamente. De otro modo, no hay cimientos sobre los que construir una nueva vida. En ocasiones, el simple hecho de tener una pequeña habitación puede resultar clave para sentir seguridad y estabilidad.

La mayoría de los inmigrantes en situación de indigencia, como Mirabel, dicen que su mayor deseo es poder dejar la mendicidad y ser independientes económicamente.

Doris, nigeriana, piensa que dejar de mendigar le devolvería la dignidad. Aquellos que tienen hijos a los que cuidar tienen un segundo deseo: ser capaces de ofrecerles una vida mejor, mejor de la que ahora les están ofreciendo y mejor de la que ellos mismos tuvieron. Saben que esto va a ser muy difícil mientras permanezcan atrapados en Marruecos.

Muchos marroquíes son también pobres y no será fácil que el gobierno comience a fijarse en las necesidades de los inmigrantes cuando tiene otros muchos problemas sociales a los que hacer frente.

Miedo a las redadas policiales: enviados a tierra de nadie

Antiguamente, las redadas policiales tenían lugar antes de grandes eventos como visitas de grandes personalidades al país o a alguna ciudad en concreto. Desde los inicios de 2012, las redadas son mucho más frecuentes y tienen lugar en muchas más ciudades que antes. Los métodos empleados en estas redadas también son mucho más extremos: más violencia y arrestos de inmigrantes en sus propios hogares.

Consta que una persona murió al saltar del vehículo policial después de ser detenido en una redada. No se conocía una situación tan mala desde 2009 y las organizaciones que trabajan apoyando a los inmigrantes estiman que en los últimos meses se expulsaba una media de entre 20 y 150 personas al día a la frontera argelina cerca de Uxda.

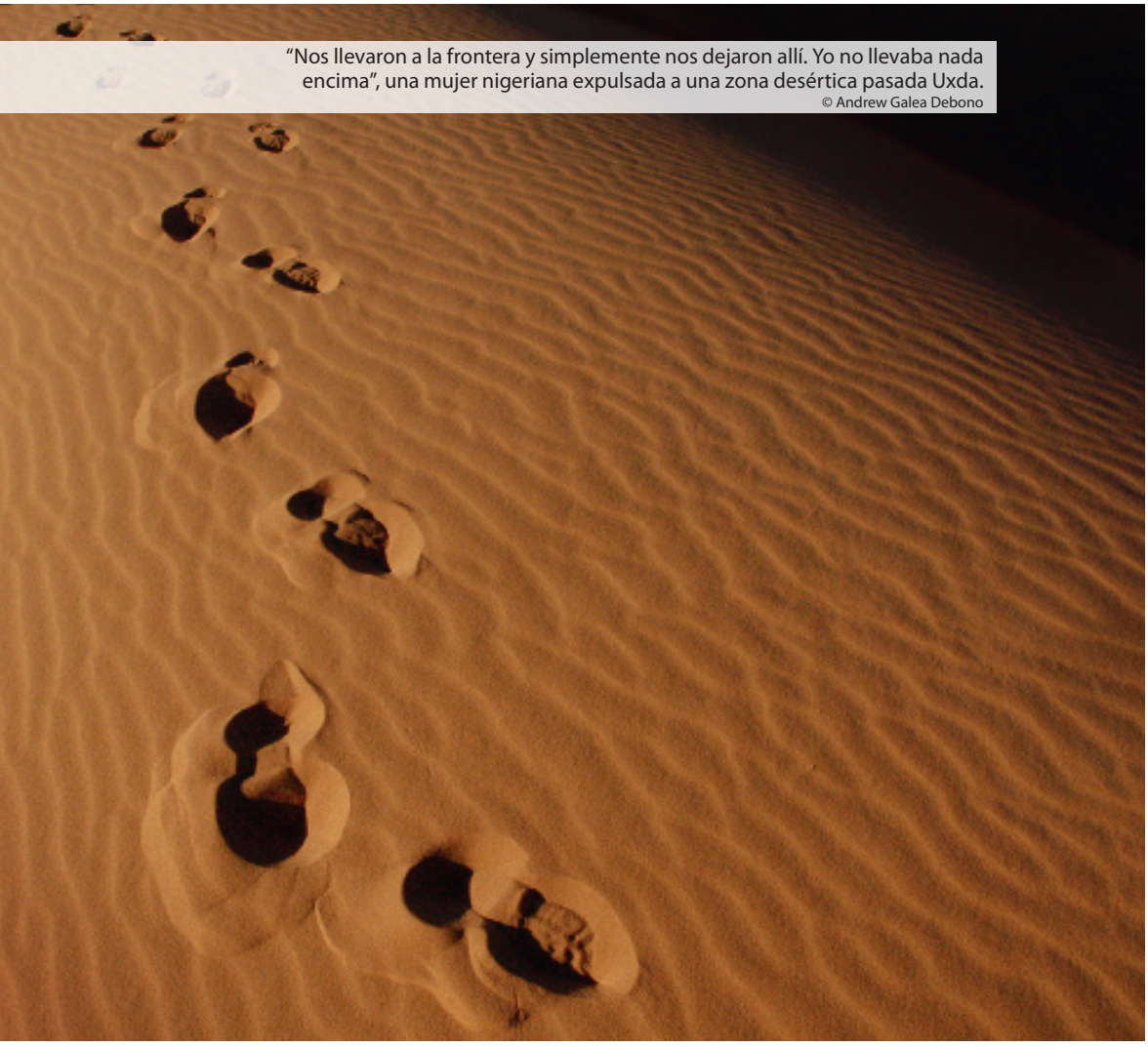
Cuando se llevan a cabo las redadas, la policía no siempre distingue entre migrantes subsaharianos con y sin papeles. Ha habido casos de personas con condición de refugiado o visado de estudiantes que han sido detenidas en una redada policial y llevadas a la frontera con Argelia solo por el color de su piel.



Argelia al fondo a la izquierda, Marruecos al fondo a la derecha. El espacio intermedio es tierra de nadie.

ACNUR y otras organizaciones tratan de intervenir lo antes posible cuando se expulsa a una persona con la condición de refugiada. Sin embargo, a veces, por la nocturnidad de las redadas, es demasiado tarde para evitar la expulsión, de modo que a los refugiados se les facilita ayuda en Uxda para que regresen a la ciudad de la que fueron expulsados. Para entonces, ya han sufrido las dificultades y el trauma.

A los migrantes detenidos en una redada generalmente se les confiscan los móviles, quedando sin posibilidad de avisar a sus familias. Linda, de Nigeria, recuerda: "Me llevaron directamente a comisaría y no me dejaron pasar por casa para recoger algunas cosas o avisar a mi familia de mi expulsión. Me retuvieron en una habitación con otras personas que también estaban esperando ser llevadas a Uxda en furgoneta. Entonces,



"Nos llevaron a la frontera y simplemente nos dejaron allí. Yo no llevaba nada encima", una mujer nigeriana expulsada a una zona desértica pasada Uxda.
© Andrew Galea Debono

nos llevaron a la frontera y simplemente nos dejaron allí. Yo no llevaba nada encima".

La vida en Uxda es muy difícil para los migrantes allí atrapados. Linda cuenta cómo "la gente vive en refugios improvisados en campo abierto y es difícil encontrar comida y agua". Algunas personas viven en el campus de la universidad, que por las noches se transforma en gueto de inmigrantes. Stella recuerda que la policía acosa a los inmigrantes que intentan trabajar en la calle llevándolos a la comisaría, donde los retienen un tiempo.

"Yo solía dormir fuera, en los campos, rodeada de otros muchos inmigrantes que hacían lo mismo. Había mucha gente del África subsahariana aquí. Durante el día, me dedicaba a mendigar por las calles para conseguir el dinero suficiente para ir a Casablanca". Emerson describe cómo la policía se acercaba a grupos de inmigrantes que dormían al raso hacia las cinco de la mañana y quemaban todas las posesiones que dejaban atrás al salir huyendo. Emerson y otros inmigrantes se acercaron a las pocas organizaciones operativas en la zona para pedir mantas y otros productos básicos una vez que se habían quedado sin nada.

Samuel, de Camerún, estaba profundamente afectado por su experiencia en Uxda. "La policía trataba de apresarnos y echarnos de nuevo al otro lado de la frontera, a Argelia. En una ocasión, iba corriendo tratando de escapar de ellos con un amigo y él se cayó y se rompió una pierna. Simplemente le dejaron allí mientras aullaba de dolor". En ese punto, Samuel estaba traumatizado y comenzó a tener comportamientos suicidas por todo lo que había vivido y presenciado, incluyendo abusos sexuales a hombres y a mujeres.

Los profesionales que trabajan con migrantes en Marruecos estiman que los abusos sexuales son muy frecuentes en esta zona. Los agresores suelen ser naturales de la zona y bandas que la recorren en busca de la presa más vulnerable -los migrantes de paso o atrapados allí-, pero también la policía a ambos lados de la frontera.

El aumento de redadas no solo afecta a las personas expulsadas, sino también a otros inmigrantes que viven en las ciudades. El marido de Fatou la mantenía a ella y a sus dos hijos, pero fue detenido en una redada y expulsado. La policía simplemente le apresó con otras 24 personas y les dejó en una zona desértica junto a la frontera con Argelia. Él se las arregló para llegar a la ciudad de Uxda, pero hasta ahora no ha podido pagarse el viaje de vuelta a Casablanca, y no sabe cuándo podrá conseguir el dinero suficiente para hacerlo. Hoy por hoy, Fatou tiene muy difícil pagar el alquiler para ella y sus hijos hasta que regrese su marido; mientras tanto, recibe ayuda de algunos amigos.

Estas redadas indiscriminadas provocan el miedo de los inmigrantes a salir de casa y ser vistos en público. Y este miedo dificulta aún más la búsqueda de empleo. Abigail, de Nigeria, dice que cada vez que oye que hay redadas policiales se encierra en casa con su hija, incluso cuando no tienen nada para comer. "Preferimos pasar hambre antes que arriesgarnos". Estos miedos son muy frecuentes y muchos inmigrantes prefieren no salir a no ser que sea estrictamente necesario.

Acuerdo bilateral con España

El 4 de septiembre de 2012, el periódico español El País y otros medios informaban que España y Marruecos habían acordado repartir las responsabilidades sobre un grupo de setenta inmigrantes subsaharianos que habían conseguido llegar desde la costa de Marruecos al islote llamado Isla de Tierra. Nueve menores y dos madres fueron identificados como personas vulnerables y llevados a Melilla, mientras que el resto del grupo fue dejado en manos de las autoridades marroquíes. Esta actuación no parece haber tenido en cuenta ninguna necesidad de protección especial para aquellos que fueron devueltos a Marruecos, ni el hecho de que los niveles de protección ofrecidos en España y Marruecos difieran considerablemente.



Las autoridades marroquíes declararon que los inmigrantes serían expulsados a la frontera con Argelia como habían venido haciendo hasta entonces. Esta forma de actuar de las autoridades marroquíes y españolas se funda en un acuerdo bilateral de 1992, de readmisión de inmigrantes irregulares.

Según dicho acuerdo, las autoridades marroquíes tienen la responsabilidad de identificar y, en último caso, repatriar a los inmigrantes a sus países de origen o al último país en el que estuvieron antes de su entrada en el territorio marroquí. Varias ONGs han defendido que, en la práctica, no se identifica a nadie ni se intenta si quiera la repatriación a los países de origen. Simplemente, se les deja abandonados a su suerte en tierra de nadie en la frontera con Argelia. Conociendo la forma de actuar

[9] http://elpais.com/elpais/2012/09/04/inenglish/1346759075_903935.html
[10] http://www.boe.es/boe/dias/1992/04/25/pdfs/A13969-13970.pdf



La frontera fortificada de Ceuta
© Andrew Galea Debono

de las autoridades marroquíes, es justo cuestionarse la participación española en tal acuerdo.

Como parte del Acuerdo de Asociación de la UE con Marruecos vigente desde marzo de 2000, la Comisión Europea recibió el encargo de reiniciar las negociaciones de un acuerdo de readmisión con Marruecos.

Estas negociaciones están en marcha, pero el gobierno marroquí parece reticente a aceptarlo. El acuerdo podría incluir también a las personas en tránsito por Marruecos; esto es, que los países de la UE que devuelvan personas a Marruecos no tendrán necesidad de probar su nacionalidad, mientras puedan probar que la persona estuvo en Marruecos antes de entrar en la UE.

[11] http://eeas.europa.eu/morocco/association_agreement/index_en.htm

Bloqueados

Antes de emprender viaje a Marruecos, Samuel –un camerunés de 37 años- no podía imaginarse el sufrimiento al que tendría que enfrentarse ni los horrores que vería. Fue víctima de abusos durante el camino y ahora sufre una profunda depresión, de la que es tratado por el psicólogo de una ONG.

"Si hubiera sabido todo esto antes, nunca hubiera dejado mi casa, a pesar de las muchas dificultades por las que pasaba. Echo mucho de menos a mi familia y querría tenerlos cerca para darme el apoyo moral que ahora mismo necesito. Siento que no he conocido a nadie aquí a quien pueda llamar realmente amigo, a quien pueda abrirme y en quien confiar para recibir el apoyo que necesito".

Samuel ha indagado la posibilidad de conseguir ayuda para volver a casa pero, en el momento de esta investigación, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) no tenía recursos suficientes en su programa de retorno asistido voluntario y de reintegración. La financiación para este tipo de programas se agotó en junio de 2012. Había unas 1.000 personas esperando ayuda,



Europa a la vista desde Tánger
© Andrew Galea Debono

incluidas unas 60 personas muy vulnerables. Esto genera un gran impacto psicológico en quienes se sienten bloqueados y necesitan regresar. Samuel está preocupado por su situación psicológica actual y no sabe cómo podrá arreglárselas si tiene que quedarse aquí mucho más. Se siente tan mal que en ocasiones ha sufrido alucinaciones.

Mientras tanto, tiene serias dificultades para encontrar trabajo y sabe que es complicado hacerlo sin tener papeles. Su única prioridad en la vida, por ahora, es encontrar el modo de volver a casa y estar con su familia. A pesar de todos sus problemas, Samuel dice que si Jesús fue capaz de cargar con su cruz, él también tiene que sobrevivir. Reza pidiendo que todos los que están en su situación puedan regresar a sus hogares, igual que él sueña con hacerlo. "Me arrepiento mucho de haber dejado a mi familia", dice apenado. Y sigue bloqueado en Marruecos, sin fuerzas para seguir adelante ni recursos para volver a casa.



Bastantes personas como Samuel están bloqueadas en Marruecos por distintas razones. La más habitual es la económica. La mayoría ha gastado cuanto tenía en llegar hasta aquí y apenas puede ganar lo suficiente para sobrevivir, tampoco para pensar en ahorrar lo necesario para regresar a casa o para pagar el caro y peligroso viaje a Europa.

Otros tienen miedo de que sus familias les vean como unos fracasados si regresan con las manos vacías. Incluso quienes deciden volver a casa y tienen dinero suficiente para afrontar ese gasto, se sienten muy reticentes a usar la misma ruta que siguieron para llegar hasta aquí, tan peligrosa. Se acumulan malos recuerdos a lo largo de las fronteras que atravesaron y las vastas y áridas superficies de desierto que cruzaron. Seguir adelante también es imposible.

Europa y su respeto por los Derechos Humanos están cerca geográficamente, pero es prácticamente imposible llegar, por la férrea seguridad de sus fronteras y por el coste y riesgos que supone cualquier intento. Cada vez más personas migrantes se dan cuenta de que van a estar bloqueados en Marruecos largo tiempo y, sin embargo, apenas intentan integrarse. Se sienten condenados a vivir como ciudadanos de segunda, o "como animales" como Samuel lo describe, durante muchos años.

ARGELIA

Sin otro lugar adonde ir

Daniel, un ingeniero que huyó de Camerún con su familia por sus convicciones políticas, terminó viviendo en Argelia cuando su sueño de llegar a Europa acabó convirtiéndose en tragedia.

"Atravesamos Argelia y entramos en Marruecos por la frontera cercana a Uxda. Los traficantes nos dejaron en la frontera y tuvimos que caminar durante cuatro días cargando en brazos a mi hija que tenía solo un año en aquel entonces. Era de noche cuando embarcamos cerca de Uxda para cruzar a España. No había nadie patroneando la embarcación y después de 5 km volcamos y todos caímos al mar. Muchos de los pasajeros no sabían nadar y once personas se ahogaron. Fue una experiencia estremecedora. Afortunadamente, un barco pesquero pasaba por allí y escuchó nuestros gritos de auxilio. Nos recogieron y nos llevaron a la costa, donde una ONG nos dio comida y ropa seca. La policía marroquí nos llevó a la frontera con Argelia y nos dejó allí. Estábamos traumatizados por la experiencia del barco y nos dimos cuenta de lo cerca que habíamos estado de morir, e incluso vimos a nuestros propios amigos ahogándose ante nosotros. Decidimos no volver hacia Marruecos y nos dirigimos a Argel. Al llegar, nos paró la policía y nos deportó al sur, a Tizawati, un lugar abandonado en medio del desierto más allá de la frontera con Mali. Estuvimos allí seis meses, hasta que conseguimos dinero suficiente para intentar de nuevo ir hacia el norte, a Tamanrasset, la ciudad más cercana en Argelia, y desde allí a Argel: a unas veintiséis horas de autobús".

La vida en Argel no es fácil para Daniel y su familia. "No podemos volver a Camerún hasta que cambie el régimen. Mientras tanto, hago chapuzas y busco trabajo cuando no surge nada. Mi mujer también busca trabajo, pero es todavía más difícil para una mujer encontrar algo. Aquí no existe ningún procedimiento de regularización, así que no podré encontrar nunca un trabajo como ingeniero. Vivíamos en un pequeño apartamento, pero tuvimos que dejarlo hace tres meses porque no nos podíamos permitir el alquiler. Ahora mismo nos hospeda un amigo. Dormimos en su cocina, pero creo que no vamos a poder quedarnos allí mucho tiempo tampoco porque mi amigo también tiene problemas económicos. No sé dónde iremos después de esto".

La historia de Daniel no es inusual. Como él, muchas personas atraviesan Argelia con la esperanza de encontrar seguridad y una vida mejor. Y como él y su familia, muchos terminan quedándose allí largo tiempo, una vez que se dan cuenta de que la realidad era diferente a la que habían imaginado. Serge, un chico joven que pasó por Tamanrasset, acababa de volver desde Casablanca y estaba intentando regresar a su casa, en Camerún.

"Los inmigrantes tienen más difícil vivir en Marruecos que en Argelia. Trabajar es muy difícil y llegar a Europa demasiado arriesgado, casi imposible". Intenta explicarles esto a otros que empiezan su viaje, pero no escuchan. Todo el mundo piensa que su suerte será diferente. Tampoco



El centro de Argel
© Andrew Galea Debono

escuchan que una de cada diez personas que intenta cruzar a Europa en barco se ahoga. "A mí no me sucederá", dice un chico joven que todavía sueña con cruzar a Europa. "Dios está conmigo y me protegerá". Pocos están dispuestos a renunciar a sus sueños, incluso cuando quienes lo intentaron antes que ellos les relatan la dureza de lo vivido. Para otros, regresar a casa supondría una gran humillación, aunque quedarse suponga permanecer unos años más en un exilio miserable.

No todos los inmigrantes subsaharianos ven Argelia como un simple país de tránsito. A pesar de su alta tasa de desempleo juvenil, el potencial económico de este país y su floreciente industria en el sector de la construcción están comenzando a hacer que Argelia se vea como un país próspero.

Olivier, de Costa de Marfil, estuvo con su familia en un campo de refugiados en Togo tras huir de la guerra civil. "Mi madre me dijo que intentara ir hacia el norte, a Argelia, para ayudar a la familia con el dinero que pudiera ganar allí. Ella había visto a otros jóvenes hacer lo mismo y pensó que yo debía seguirles", explica. Después de ocho meses viviendo en Argelia, no ha conseguido encontrar el trabajo regular que esperaba. Su sueño de convertirse en futbolista profesional está desvaneciéndose, pero no deja de tener los ojos bien abiertos para aprovechar cualquier oportunidad de continuar sus estudios con la ayuda de una ONG.

Olivier está intentándolo todo para mejorar su situación, pero sabe que no todo está en sus manos: "La guerra y la situación política en mi país causaron muchos problemas e hizo imposible pensar en planes de futuro". Su mayor sueño es poder volver a casa algún día cuando haya paz y estabilidad en su país de origen.

Protección sin integración

Argelia, como Marruecos, ha ratificado la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951, pero aún no ha desarrollado una legislación propia que la aplique. Esto supone que las autoridades no siempre son capaces de cumplir sus obligaciones con las personas bajo protección internacional, o no están dispuestas. Las actuales leyes de inmigración son muy estrictas, y prohíben el trabajo a los inmigrantes en el país, incluso si ACNUR les reconoce la condición de refugiados.

Jonas, un demandante de asilo chadiano de 26 años, explicaba: "imaginaba que Argelia ofrecería una fuerte protección a los refugiados y solicitantes de asilo. De hecho, me siento más seguro aquí que en otros países, pero a la vez, a quienes buscamos asilo se nos hace sentir como inmigrantes ilegales".

Quienes son reconocidos como refugiados se encuentran bajo protección de ACNUR, y se les otorgan documentación y derechos importantes, como ayuda para el alojamiento. Cosa importante, el certificado de la solicitud de asilo y el reconocimiento de la condición de refugiado dan acceso



Un edificio abandonado en Boush Bouk, Argel, hogar para inmigrantes que no tienen adónde ir. © Andrew Galea Debono

gratuito a los servicios sanitarios y protegen a las personas de la expulsión a sus países de origen o a la frontera con Mali. Sin embargo, con la legislación actual, es muy difícil encontrar trabajo y una forma de subsistir.

El gobierno de Argelia estima que hay unos 165.000 refugiados saharauis viviendo en campamentos en el sudoeste del país. Las cifras de refugiados de otras partes del mundo con el reconocimiento de ACNUR son mucho más bajas. A comienzos de 2012, había 335 personas con la condición de refugiados y unos 885 solicitantes de asilo.

Estas cifras van a aumentar por los solicitantes de asilo que están llegando desde Siria a causa de la guerra. Sin embargo, muchas personas que necesitan protección internacional parecen preferir continuar su viaje hacia Marruecos para solicitar asilo allí, o intentar cruzar a Europa en barco.

Aunque el acceso a la sanidad es bueno por regla general, sobre todo si los inmigrantes van acompañados por personal de organizaciones humanitarias, es más complicado el acceso a la educación. Los hijos de inmigrantes sin papeles no pueden ser escolarizados, mientras que los hijos de los solicitantes de asilo y los refugiados se topan con la barrera del idioma hasta que aprenden árabe. Algunas ONGs intentan ayudar a los inmigrantes a acceder a escuelas privadas hasta que aprenden la lengua del país o hasta que las escuelas públicas sean más accesibles.

Hoy por hoy no hay muchos inmigrantes indocumentados con hijos en edad escolar. Muchos inmigrantes económicos dejan a sus hijos en edad escolar en sus países de origen, mientras que otros con niños pequeños expresan su interés en continuar su viaje más allá de Argelia cuando crezcan sus hijos.

El racismo contra los subsaharianos está muy generalizado en Argelia, tal como expresan muchos de los entrevistados. Esto se refleja también en la reacción de la policía cuando los inmigrantes presentan quejas. Moisés, de Nigeria, comparte su experiencia en este asunto: "Está claro que a muchos argelinos no les gustan los subsaharianos. No es fácil para nosotros vivir aquí. Si nos vemos involucrados en cualquier problema con un argelino, la policía siempre se pone de su parte". Nadege, de Camerún, expresa esto: "En general, siento que no se respetan los derechos humanos de los inmigrantes. Por ejemplo, no nos sentimos seguros presentando una denuncia a la policía si ocurre algo. Por lo tanto, no nos sentimos protegidos".

Olivier, de Costa de Marfil, comparte una experiencia que tuvo en la que él y un amigo sufrieron un ataque racista: "Las cosas son más difíciles por el color de mi piel. La gente nos dice: 'Vuelve a tu país'. Hace poco estaba en un autobús con un amigo y un argelino nos dijo que nos fuéramos. Mi amigo se enfadó, pero yo traté de calmarlo. Mientras lo intentaba, cuatro me atacaron y pegaron. Fui a denunciarlo, pero la policía me dijo que no podían tramitar ese tipo de denuncias. Creo que aquí el racismo es un gran problema. Es triste ver personas que evitan sentarse a mi lado solo por el color de mi piel o que dicen a sus hijos que no se acerquen. Es muy deshumanizador".

[12] Perfil de operaciones por países de ACNUR 2012-Argelia.

Cruzar el desierto: una prueba traumática

Para muchos migrantes, el viaje hacia Argelia es difícil y peligroso. Cruzan el desierto durante varios días, a merced de los traficantes y expuestos a toparse con bandidos. Moussa, de Mali, recuerda su experiencia: "Pasamos dos días y dos noches en un pequeño jeep. Nos agolpábamos treinta personas. De haber caído alguien del jeep, sabíamos que se hubiera quedado allí, en medio del desierto, y que moriría".

Algunos mueren en el camino por las condiciones climáticas. Arnaud, camerunés, describe su dura experiencia: "Los traficantes nos dejaron a unos 60 km de Tamanrasset, en el desierto, y tuvimos que caminar durante días hasta llegar a la ciudad. Uno de los hombres que caminaba con nosotros murió de deshidratación. Intentamos salvarle haciéndole el boca a boca, pero expiró y murió en nuestros brazos. Nunca le olvidaré. También estaba con nosotros una mujer con un bebé. Nos preocupaba que el bebé muriera. Afortunadamente, un hombre paró y nos dio un poco de agua, con la que salvamos al bebé de morir deshidratado".

Ha habido también casos de policías que se han aprovechado de la vulnerabilidad de los inmigrantes, sobornándoles e infligiéndoles otras formas de abuso. Henri, un inmigrante camerunés de 18 años, afirmaba que sentía más miedo de la policía que de cualquier otra persona. Las mujeres corren un gran riesgo de sufrir abusos sexuales durante el viaje, especialmente en la zona fronteriza entre Argelia y Marruecos, cerca de Maghnía. Esta experiencia traumática, a menudo se suma a otros traumas sufridos en los países de origen, de forma especial si huían de la guerra y de la persecución.

Un trabajador de una ONG argelina cuenta la trágica historia de una mujer de 26 años que fue violada durante el viaje y contrajo el SIDA. Cuando fue hospitalizada en Argel, se le diagnosticó también un cáncer muy agresivo. Al resultar evidente que le quedaba muy poco tiempo de vida, la ONG y el gobierno argelino, con el consentimiento de la mujer, se movilizaron para repatriarla lo antes posible y que pudiera morir con su familia.

"Conseguimos autorización para obtener la ayuda de retorno voluntario en un tiempo récord. Todo el mundo quería ayudarle cuando conocía su historia. El día que conseguimos la autorización para enviarle a casa, corrimos al hospital a darle la noticia. Acababa de morir: llegamos demasiado tarde", recuerda con tristeza.

Cuando uno mira a los ojos a alguien que acaba de pasar varios días en el desierto hasta llegar finalmente a Tamanrasset, en el sur de Argelia, puede sentir la profunda herida que puede causar semejante experiencia.

Andrew Galea Debono, investigador del JRS, conoció a cuatro jóvenes migrantes que acababan de llegar de Camerún y buscaban ayuda para conseguir asistencia sanitaria urgente. Uno de ellos tenía solo 15 años.

Los cuatro parecían aturdidos, en muy mal estado y enfermos. El chico de 15 años tenía



El desierto en el sur de Argelia.
© Andrew Galea Debono

una gran herida en la cabeza, que se hizo al golpearse con el techo del jeep en el que viajaba. Parecía asustado y confuso. "No tengo a nadie aquí", dijo bajito, demasiado tímido y receloso de cualquier persona en este nuevo entorno como para decir algo más de sí mismo. "Sospecho que he podido contraer la fiebre amarilla durante el viaje", dijo Paul, otro de los recién llegados.

A pesar de estar en pésimas condiciones de salud, dejaron a los pasajeros del jeep a 50 km de la ciudad y les dijeron que caminaran el último tramo. Los traficantes no quieren arriesgarse a que les detenga la policía, por lo que dejan a los inmigrantes en medio del desierto sin apenas comida ni agua.

Los cuatro acababan de llegar la noche anterior y habían dormido en el suelo de la habitación de otro chico inmigrante que acababan de conocer en la ciudad. Estaban todavía aturdidos y polvorientos del viaje, y no habían tenido la oportunidad de lavarse. "Todos los nuevos llegan igual", dice Idriss, un inmigrante que lleva viviendo aquí varios meses.

"Seguramente yo también llegué así. Lo más probable es que necesiten un par de días para recuperar las fuerzas".

Al día siguiente, acompañaron a Paul al centro de salud a hacerse algunas pruebas. El personal sanitario fue agradable con él, especialmente cuando vieron que iba acompañado por dos personas que hablaban árabe. Sus resultados estarían listos en unos días.

Por ahora, todo lo que él y sus compañeros podían hacer era recobrar fuerzas y orientarse en la ciudad. Podrían quedar bloqueados aquí más tiempo del que imaginan. Una vez que se recuperen, deben conocer gente que les ayude a establecerse, encontrar un sitio que alquilar y, si es posible, un trabajo. Ya sea en el sur, en Tamanrasset, o en el norte, en las ciudades de Argel u Orán, los inmigrantes tienden a vivir junto a otros compatriotas. En Tamanrasset, es especialmente evidente, ya que se forman pequeños guetos que forman comunidades de distintas nacionalidades.

Sin derecho al trabajo: la lucha por la supervivencia

La denegación del permiso de trabajo es uno de los mayores problemas a los que se enfrentan los inmigrantes y refugiados en Argelia. Muchos acaban trabajando irregularmente, por lo que no ganan tanto como los trabajadores nacionales, ni tienen contratos que les protejan. A veces los empleadores se aprovechan y no les pagan por el trabajo realizado. Los inmigrantes no pueden denunciarlo a la policía, porque no estaban trabajando legalmente y les puede acarrear más problemas por su situación en el país.

Olivier, de Costa de Marfil, es uno de los muchos inmigrantes que encuentran trabajo en la construcción. "Este tipo de trabajo es muy duro y requiere mucho esfuerzo físico. Me canso mucho, pero es todo lo que encuentro. Hay veces que necesito descansar porque me duele el cuerpo. Algunas personas eligen hacer cosas malas para ganar dinero, pero yo me niego a eso. No quiero ir a la cárcel, prefiero trabajar duro".

"A veces, se detiene a gente por no tener la documentación en regla o por trabajar irregularmente. ¿Pero cómo esperan que sobrevivamos? Así son las cosas aquí", dice Ismail, de Costa de Marfil, muy desanimado. Las dificultades para encontrar un trabajo acarrean otros problemas serios, como la falta de hogar".

"A menudo vivimos en edificios abandonados, confiando en que la policía no nos detenga. Si encuentras algo para alquilar, normalmente tienes que pagar un año de fianza –unos 15.000 o 20.000 dinares (146-195 euros) al mes por una habitación minúscula. Es mucho para nosotros, que no tenemos trabajo. Sin documentos, tampoco podemos tener contratos de alquiler".

Ismail (Costa de Marfil)

Ocupar edificios inacabados, como en el barrio de Boush Bouk, es el último recurso para los que no tienen trabajo o que acaban de llegar a Argel. Andrew Galea Debono visitó uno de estos edificios a medio construir y habló con las personas que vivían allí. Matías, un ecuato-guineano de 32 años, y Jean, un camerunés de 22 años que sueña con ser futbolista, estaban sentados sobre una cama en una habitación a rebosar donde la gente se agolpaba para ver la televisión. No había otra cosa que hacer. La habitación no tenía puerta y servía como dormitorio, salón, cocina y baño. Es una de las mejores habitaciones del barrio, porque tiene las cuatro paredes.

Matías ha estado viviendo aquí dos años con su pareja y dos hijos: "Es difícil encontrar un trabajo, y cuando lo consigo es en la construcción. Puedo ganar entre 600 y 800 dinares (entre 6 y 8 euros) por día de duro trabajo. Cuando no encontramos trabajo, compartimos lo que tenemos con otros inmigrantes de la comunidad".



Los inmigrantes ocupan edificios a medio construir en Boush Bouk, Argel.
© Andrea Galea Debono



Boush Bouk, Argel
© Andrew Galea Debono

"El invierno es duro", continúa. "Aquí puede llegar a hacer mucho frío y es difícil evitar que el frío se cuele. Estos edificios no están terminados. Compramos bombonas de gas para calentarnos con lo que cada uno aporta para poder pagarlas. La solidaridad entre nosotros es lo que nos permite comprar comida todos los días, incluso cuando no tenemos trabajo. Por otra parte, no tenemos agua corriente ni electricidad, pues estos edificios, todavía sin terminar, nunca se conectaron al suministro. Necesitamos conseguir garrafas de agua de algún otro sitio e intentamos conectarnos al tendido eléctrico como podemos, de forma irregular".

Los muebles desvencijados les han sido donados por personas generosas que los hubieran tirado de no traerlos aquí. Matías y su familia llevan aquí más tiempo y han conseguido organizarse y montar algo que parece un hogar. Los recién llegados, sin embargo, se enfrentan a una situación más dura y tienen que dormir directamente sobre el suelo de los armazones de edificio. Esta es la zona oscura de un barrio, por otra parte, de clase alta, donde se advierte el duro contraste entre las mansiones terminadas de los lugareños y la pequeña zona degradada en la que se hacinan los inmigrantes. La diferencia de estatus social entre los lugareños y los inmigrantes del lugar genera bastante tensión, que se suma a las barreras de nacionalidad, cultura y raza que ya de por sí existen entre ellos.

Ropa tendida en las vallas que flanquean la carretera y en los tejados. Algunas personas emprendedoras, asumiendo que este va a ser su nuevo hogar, aun temporal, han montando antenas satélite y las han conectado a una televisión, un esfuerzo de grupo del que se beneficia la comunidad. Cuando la gente no consigue encontrar trabajo, al menos puede pasar el tiempo viendo la televisión.

De día, la mayoría de la gente trabaja o busca trabajo, mientras que los viernes (día de descanso local) se puede encontrar aquí generalmente a casi toda la comunidad. Algunos llevan aquí ya mucho tiempo: bien para intentar probar suerte en otras ciudades más cercanas a Marruecos y Túnez, con la esperanza de cruzar la frontera y eventualmente planeando pasar a Europa, o bien mudándose a vecindarios más seguros en Argelia, mucho más lejos del centro.

Redadas y expulsiones al sur

Hasta hace poco, Boush Bouk y otros barrios de Argelia y Orán eran objetivo de múltiples redadas policiales. La gente a la que se detenía en estas redadas era expulsada al sur, justo al otro lado de la frontera con Mali. "A mí me han expulsado nueve veces durante mi estancia en Argelia", dice Matías. "Pero al final siempre regreso", añade con una sonrisa. "No es fácil, pero así son las cosas. Allí en el sur, la policía es bastante brusca con nosotros. Aquí en Argel nos tratan mejor".

Nadie se libraba de estas redadas y expulsiones. Cecile, una mujer de la República Democrática del Congo, fue expulsada en una ocasión con sus dos hijos pequeños. Les detuvo la policía en su habitación de Boush Bouk. "Durante el internamiento, te hacen dormir sobre el suelo, y los baños están sucios y asquerosos. Podrías enfermar y morir allí", nos dice.

"Te llevan al extremo sur y te sueltan en el desierto, en la frontera con Mali. Nos abandonaron y no teníamos ni comida ni agua. No había nadie donde nos dejaron", dice Cecile.

Cuando la policía argelina dejó a los inmigrantes en el desierto cerca de Tizawati, los traficantes tuareg aparecieron puntualmente y se ofrecieron a devolver a la gente a Argelia por dinero. No todo el mundo se lo puede permitir, y algunos se quedaron allí bloqueados durante algún tiempo.

Cecile recuerda: "Para regresar a Argelia, nos metieron en una camioneta con unas 25 personas a bordo, conducida por traficantes tuareg. Nos dejaron a unos 15 km de la ciudad más cercana, así que tuvimos que caminar el resto del trayecto en medio del desierto. Yo tenía a los niños conmigo, pero algunas personas me ayudaron a llevarles. Una caminata tan larga en condiciones tan duras te destroza los pies. He oído de gente que se pierde cuando camina por el desierto, a veces se pierden durante unos tres días, y a veces incluso mueren".

Desde que empeoró el conflicto en Mali hace unos meses, prácticamente acabaron las redadas, y de momento no se envía a nadie al sur. Nadie sabe si habrá nuevas expulsiones de calmarse la situación en Mali, pero de momento los inmigrantes que se encuentran en Argelia pueden disfrutar de esta tregua de la policía. Mientras tanto, el conflicto con Mali tiene una repercusión negativa en la seguridad alrededor de Tamanrasset, donde todavía viven muchos inmigrantes. La gente que facilita ayuda no se atreve a salir de la ciudad, porque se están produciendo secuestros y episodios de violencia en las afueras, de manos de rebeldes de Mali que han pasado al sur de la vecina Argelia.

Tamarasset alberga menos inmigrantes que antes, debido al paro temporal de las expulsiones al sur, así como parece que ya no hay inmigrantes en las rocas cercanas a la ciudad. Sin embargo, la zona se ha vuelto un lugar peligroso, y los residentes tienen miedo de que si Argelia se involucra en el conflicto de Mali, Tamanrasset dejará de ser un lugar seguro para vivir.

En el hospital, otro tipo de lucha por la supervivencia

Julien mostraba un aspecto frágil y sin energía, una tarde en la cama de un hospital de Orán. El SIDA hacía de las suyas en este joven. Hacía muy poco que se había enterado de su enfermedad, después de regresar de Camerún, y estaba haciendo todo lo posible por mantenerse con vida. Tenía a su lado a tres amigos, dándole apoyo moral, comida y agua. Aunque los cuidados en el hospital son buenos, la medicación suele ser gratuita y el personal es agradable con los inmigrantes. Hay cosas como la comida o las sábanas limpias, que no siempre proporciona el hospital, y tienen que aportarlas familiares y amigos.

"Vine a Argelia hace dos años, pensando que lo tendría más fácil para encontrar trabajo que en mi país. ¡Qué equivocado estaba!", exclama Julien con una sonrisa triste. "No encontré el trabajo que esperaba y las cosas se me complicaron mucho, así que decidí regresar. Una vez en Camerún, me puse muy enfermo, y allí no tenía acceso a la sanidad. Decidí volver a Argelia, donde el sistema sanitario es bueno y gratuito. No existe nada parecido en Camerún, y temí morir abandonado allí. Me siento bien cuidado aquí, y me proporcionan la medicación gratuitamente, algo que de otra forma no podría permitirme". Coge una caja de medicinas. "¿Ves estas medicinas? Esta caja cuesta 30.000 dinares (292 euros). Son caras, pero me las dieron gratis".

En algunos hospitales, se trata bien a los inmigrantes subsaharianos, pero en otros no se les trata tan bien como a los nacionales. No es el caso de este hospital. Julien está muy contento con el trato que recibe aquí.

Sus amigos le han traído ropa limpia y sopa caliente. "Estoy agradecido por recibir la ayuda médica que necesito, y por los amigos que vienen a cuidarme y a hacerme compañía". Sus amigos también encuentran cosas por las que dar gracias.

"Yo estoy agradecido por haber tenido un viaje seguro desde Camerún, y también porque mis amigos y yo estamos a salvo aquí", dice Maurice. Pero añade: "Siento que aquí no hacemos más que subsistir".

Cuando se les pregunta si piensan permanecer en Argelia en el futuro, todos se ríen. Los amigos de Julien saben que Europa es un sueño distante, pero no tienen pensado quedarse en Argelia el resto de sus vidas. "No sabemos todavía adónde iremos, pero seguro que no nos quedaremos aquí. Todos los inmigrantes quieren salir de aquí a largo plazo. Nadie quiere quedarse. Aquí no podemos trabajar ni hacer mucho más".

En cambio, la situación de Julien es distinta. Está contento de haber podido acceder a la atención sanitaria que necesita, y simplemente quiere sobreponerse de su enfermedad. Ahora mismo, sobrevivir es lo único que le importa. Cualquier otro sueño queda pospuesto, quizás indefinidamente.

Un futuro incierto

Cuando se les pregunta por el futuro, la mayoría de los inmigrantes bloqueados en el tránsito dicen que no tienen ni idea de lo que harán o adónde irán. Jean, el joven camerunés que vive en Boush Bouk, dejó su país en búsqueda de fama y gloria como futbolista en la más próspera Argelia.

Muchos jóvenes de su país hacen lo mismo, pero la mayoría no triunfa y acaba en pequeñas ciudades ganando una miseria. Todos comparten el mismo sueño y casi todos, sin distinción, llegan a la cruda realidad de que sus sueños no se cumplirán aquí. Sin embargo, Jean quiere seguir aferrado a ese sueño. Pero, ¿dónde puede cumplirse? "Ahora no sé adónde ir ni cuándo reemprenderé la marcha. Necesito tiempo para reflexionar", dice. "Por ahora todo está bastante confuso". ¿Y qué tal volver a casa? "Eso sería una derrota para nosotros. Aceptar que nuestros sueños nunca se cumplirán. Regresaríamos como fracasados y sería humillante. Quiero continuar un poco más y ver lo que pasa".

Su amigo más mayor, Matías, asiente y añade: "Yo no tengo un futuro que pueda ver ahora mismo. Necesito pensar por dónde comenzar, pero no tengo ni idea de desde dónde empezar a planificar". Mientras tanto, sus dos hijos juegan por la abarrotada habitación del edificio sin terminar en el que viven. Uno de ellos tiene dos años, y el otro apenas unos meses.

Los dos nacieron en Argelia, y los dos tienen certificados legales de nacimiento. "Es importante que estén inscritos", señala su padre. Cuando sean mayores, si la familia sigue aquí, tendrán que ir a la escuela, pero primero tienen que aprender árabe. Todavía hay tiempo para eso. Aún son pequeños.

Agnes, una mujer de 40 años que huyó de una situación de abuso matrimonial en Camerún, preferiría volver a casa una vez que se recupere psicológica y económicamente. "Si pudiera cambiar una sola cosa en mi vida, desearía más estabilidad. No me gusta vivir al día y no poder planificar el futuro. Todavía no sé el tiempo que necesitaré para recuperarme y poder regresar. Hablo a veces con mis hijos por teléfono. Me piden que vuelva a casa porque quieren verme. Es tan duro…".

Jonas, que huye de la persecución política en Chad, comparte sus dudas: "No sé en qué país viviré ni lo que haré en el futuro. Tengo la esperanza de trabajar en algo para lo que he estudiado, y quizás estudiar algo más. Si cambiara el régimen en Chad, volvería a casa mañana mismo".



El H. Jan Heuft, Padre Blanco, consuela a un inmigrante que se va de Argelia.
© Rencontre et Développement

Identificar a los más vulnerables y en peligro

El sur de Argelia es un lugar difícil para las mujeres solas. Habitualmente ante la falta de trabajo, el único modo de pagar el alquiler y la comida consiste en entregarse a un hombre que las proteja. Algunas deciden entregarse a un solo hombre en lugar de prostituirse, un acuerdo que la comunidad considera "matrimonio".

Cualquier insinuación acerca de que esa relación pueda estar abusando de la vulnerabilidad de las mujeres suscita la furia de muchos los hombres de la comunidad migrante. La escasez de organizaciones que trabajan con inmigrantes priva a las mujeres explotadas de un lugar al que huir y del acceso a servicios básicos. No cuentan con redes de protección y muy pocas tienen la fuerza suficiente para arreglárselas por sí mismas.

Grace, una camerunesa que lleva cinco años en Tamanrasset, se ha librado de convertirse en víctima de tales abusos. Abrió un pequeño negocio de venta de productos africanos, y ha conseguido cubrir sus necesidades. Ella misma se da cuenta de que ha tenido mucha suerte, porque migrar fue siempre su opción personal, y siempre ha controlado lo que quería hacer con su vida. Es consciente de que muchas otras mujeres migrantes no tienen tanta suerte. "Cuando dejé Camerún, soñaba con llegar a Europa, pero mis planes cambiaron por el camino. Me di cuenta de lo difícil que es llegar a Europa, pero ahora quiero centrarme en ayudar a los que tengo





Una inmigrante africana mendiga en las calles de Orán, Argelia.
© Andrew Galea Debono

a mi alrededor. La vida puede ser muy dura aquí, así que siento que mi misión es ayudar a los que lo necesitan". Sin ningún tipo de estructura de apoyo y con la posibilidad de enfrentarse al rechazo de su propia comunidad, no le resultará fácil.

Orán, como Tamanrasset, es un lugar donde muchos inmigrantes se enfrentan a situaciones difíciles. Muchos inmigrantes, por opción o desesperados, hacen negocios ilícitos. Muchas personas se hacinan en chabolas de cartón en suburbios donde las enfermedades están muy extendidas. Las razones para estar ahí son diversas: unos tratan de llegar a Marruecos como trampolín a Europa, otros huyen de la persecución en sus países, o se han asentado aquí para conseguir algún dinero, así como muchas mujeres son posibles víctimas de tráfico. Muchos eligen Orán para estar más cerca de la frontera con Marruecos, especialmente porque la ruta a Libia está cerrada por los problemas que se viven allí. Orán suele ser también menos peligroso que Argel en cuanto a redadas policiales, recientemente menos frecuentes por el conflicto en Mali.

Algunas personas como Joshua, de Nigeria, consiguen dejar una vida criminal. "Me vi envuelto en una serie de negocios de los que ahora me avergüenzo. Gran parte de la comunidad migrante de aquí está involucrada en actividades ilegales como la venta de alcohol en el mercado negro, la prostitución o los robos. Hace un par de años, algunos de nosotros descubrimos a Dios y decidimos cambiar de vida. Comenzamos a juntarnos a rezar un grupo de tres o cuatro, pero ahora somos más de cien. Tratamos de abrir los ojos de aquellos miembros de la comunidad aún involucrados en actividades perniciosas. No es fácil cambiar a una vida honesta cuando no hay muchas oportunidades de trabajo



El puerto de Orán, Argelia.
© Andrew Galea Debono

honesto. Algunos vendemos ropa o comida africana a los inmigrantes. Otros buscan trabajo manual. Pero no es fácil encontrar trabajo, principalmente porque no nos dan permisos".

Un problema importante de los flujos migratorios mixtos es que no siempre se detecta y ayuda a las personas en situación vulnerable y, por tanto, más necesitados. Puede que la mayor parte de las personas vulnerables no encuentren acceso a una protección y ayuda significativas, y que queden expuestas a un alto riesgo de ser víctimas de explotación.

A las ONGs les resulta muy difícil registrarse y operar en Argelia. Para las ONGs extranjeras es prácticamente imposible trabajar de forma oficial, por las limitaciones burocráticas: como la prohibición de abrir una cuenta en el banco o dar de alta un teléfono a su nombre. Por eso es tan limitada la ayuda no gubernamental que se ofrece, y fuera de Argel prácticamente no la hay, con excepción de unas cuantas comunidades religiosas. Para complicar aún más las cosas, es especialmente difícil trabajar con inmigrantes, porque es ilegal prestar apoyo a personas sin documentación: se castiga con varios meses de prisión. Estas limitaciones dificultan proporcionar una ayuda estable a los más vulnerables para asegurarse de que no sean abandonados a su suerte: como los niños, las mujeres que han sufrido abusos, las víctimas del tráfico, o las personas con problemas físicos o psíquicos. La falta de acceso a estructuras básicas de apoyo comunitarias en las que poder confiar puede implicar que estas personas terminen cayendo en manos de quienes quieren explotarlas .

El tráfico de seres humanos es un tema complejo sobre el que existe poca o ninguna pericia en Marruecos o Argelia, a pesar del especial cuidado que se requiere cuando se ha de tratar con ello. La complejidad es tal que a las propias personas insertas en el sistema no siempre les resulta fácil darse cuenta de que son víctimas del tráfico.

Mujeres jóvenes como Bridget, de Nigeria, hablan de "una mujer de mi propio país que se ofrecía a pagarme el viaje a España". Cuenta que le dijeron que tendría que devolver unos 2.000 euros al llegar, pero nadie le dijo cómo se suponía que los iba a conseguir. "Oí de amigos que abandonaban el país y decidí seguirlos, pensando que eso me haría prosperar". Las víctimas del tráfico a menudo se encuentran rodeadas de personas que están en el ajo, de ahí su miedo a denunciarlo.

Los trabajadores humanitarios también se exponen a un gran riesgo cuando encaran la cuestión directamente, y más cuando saben que apenas recibirán protección si deciden tomar represalias contra quienes están involucrados. Dadas las dificultades de enfrentarse al tráfico a lo largo del trayecto, es importante atajar el asunto desde el origen, y tener a la vista los aspectos institucionales del mismo. Mientras tanto, las víctimas del tráfico de seres humanos permanecen invisibles para todos – eso sí, ante nuestros mismísimos ojos-.

[13] Williamson, K. (2004). 'AIDS, Gender and the Refugee Protection Framework', RSC Working Paper Series. No.19. Oxford, United Kingdom.

Conclusión

Transferencia de responsabilidades

La política europea de control de las fronteras ha transferido la responsabilidad de proteger a las personas necesitadas exclusivamente sobre los países fronterizos, países que muchas veces carecen de los medios o de la intención de proporcionar dicha protección. Las autoridades y organizaciones que facilitan apoyo a las personas migrantes en Marruecos y Argelia afrontan muchos retos importantes por el incremento del número de personas bloqueadas allí durante un largo período de tiempo. Esta situación ha generado también dinámicas complicadas para los inmigrantes y las poblaciones de acogida, unos y otras todavía digiriendo que Marruecos y Argelia se estén convirtiendo cada vez más en países de larga estancia más que de tránsito. De hecho, los migrantes se encuentran con que tienen que afrontar la posibilidad de verse obligados a vivir bastantes años en un país en el que apenas tienen derechos y donde son mirados con desprecio por la población local. Por tanto, es evidente que ni Marruecos ni Argelia pueden considerarse lugares seguros para quienes se han visto forzados a migrar y necesitan protección.

Por lo demás, la gente sigue arriesgando sus vidas a pesar de ser conscientes del peligro que supone la travesía a Europa y de la cantidad de vidas perdidas en el intento. El 25 de octubre de 2012, el periódico El País informaba que las autoridades marroquíes habían recuperado los cuerpos sin vida de catorce personas en el mar de Alborán. La embarcación salió a media noche de Nador, en la costa de Marruecos, y se cree que viajaban en ella unas setenta personas. Solo diecisiete fueron rescatadas, lo que significa que probablemente mucha más gente haya perecido.

A estas tragedias, la UE y sus países miembros responden cerrando aún más sus fronteras e intensificando la cooperación para gestionar la migración –evitando la emigración a Europa- especialmente con las autoridades marroquíes.

Anteriormente hemos hecho referencia al acuerdo entre España y Marruecos de 1992 sobre readmisión de inmigrantes irregulares, y la Comisión Europea hoy negocia un acuerdo similar con Marruecos en representación de toda la UE.

La protección de los refugiados no ocupa un lugar privilegiado en estas agendas. Sin embargo, es necesario encontrar soluciones duraderas y a largo plazo, que aseguren por encima de todo el respeto a los derechos humanos de aquellas personas que se ven obligadas a migrar. La responsabilidad de encontrar este tipo de soluciones debería recaer en toda la comunidad internacional y no debería convertirse en un juego de transferencia de responsabilidades de unas manos a otras según la situación geográfica a lo largo de la ruta migratoria. La protección de vidas humanas debe ocupar un lugar preferencial en la lista de prioridades políticas, incluso cuando se trata de las vidas de aquellas personas que están bloqueadas en el tránsito.



Zapatos de inmigrantes fuera del edificio abandonado que llaman hogar, Boush Bouk, Argel.
© Andrew Galea Debono

RECOMENDACIONES

A LAS INSTITUCIONES DE LA UE Y A LOS ESTADOS MIEMBROS

- Establecer mecanismos efectivos que identifiquen personas con necesidad de protección y garanticen la protección necesaria.

- Asegurar que los acuerdos de readmisión y de cualquier otro tipo de cooperación con terceros países, ya los firme la UE o cualquiera de sus Estados miembros, contengan una cláusula de protección de los derechos humanos fundamentales de todos las personas migrantes, incluyendo sus derechos sociales, económicos y culturales.

- Hacer un seguimiento de los retornos forzados a los países con los que se firman acuerdos de readmisión u otro tipo de cooperación, para asegurar que se protegen los derechos humanos de quienes regresan.

- Paralizar de manera inmediata los procesos de retorno forzoso a un tercer país si no garantiza la protección de los derechos humanos de las personas migrantes.

- Asegurar la supervisión independiente de las actuaciones fronterizas de FRONTEX y de las autoridades nacionales para garantizar que se respetan los derechos humanos y el acceso al asilo.

- Proveer a ACNUR ya otras organizaciones de ayuda económica y de otro tipo, garantizando la adecuada financiación de sus proyectos.

- Proceder al reasentamiento de personas vulnerables con protección internacional que se encuentran bloqueadas en países norteafricanos, en Mauritania y Senegal.

A LOS GOBIERNOS DE MARRUECOS Y ARGELIA

- Cumplir las obligaciones de los tratados que ya han ratificado, especialmente la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951, para proteger los derechos de las personas migrantes y refugiadas que se encuentran en sus territorios.

- Garantizar la condición de residente a toda persona reconocida con necesidad de protección, ya sea por las autoridades nacionales o por ACNUR.

- Cumplir las leyes promulgadas o modificar la legislación nacional para asegurar el respeto de todos los derechos humanos, incluidos los derechos sociales, de todas las personas migrantes presentes en sus territorios, sea en situación regular o irregular.

- Poner en práctica medidas, controles y la necesaria concienciación para asegurar el respeto de los derechos conforme a las leyes internacionales firmadas por los gobiernos de Marruecos y Argelia.

- Supervisar las acciones gubernamentales concernientes al tratamiento y respeto de los derechos de los inmigrantes.

- Permitir el registro y actividad de ONGs nacionales y extranjeras que trabajan ayudando a las personas migrantes y refugiadas.

- Asegurar que las acciones de la policía y de las fuerzas armadas no pongan en peligro las vidas y la seguridad de las personas migrantes, así como el castigo de los oficiales que abusen de ellas.

A LAS PERSONAS DE BUENA VOLUNTAD PREOCUPADAS POR LOS DERECHOS DE LOS REFUGIADOS Y MIGRANTES

- Contactar con las autoridades nacionales para preguntar si existen acuerdos de readmisión u otro tipo de cooperación con Marruecos y Argelia. Enviar copia de este cuaderno. Mostrar a las autoridades nacionales la preocupación de que, gobiernos que actúan en su nombre, puedan estar enviando personas a países en los que no se respetan los derechos humanos.

"Te llevan al extremo sur y te sueltan en el desierto, en la frontera con Mali. Nos abandonaron y no teníamos ni comida ni agua. No había nadie donde nos dejaron."

Cécile, expulsada desde Argelia con sus dos hijos.



Edificio abandonado en el que viven inmigrantes, Boush Bouk, Argel.
© Andrew Galea Debono



VIDAS
EN TRÁNSITO

"Cuando dejas tu país de origen, empiezan a verte como un animal. No tienes los mismos derechos ni el respeto que merece un ser humano."

Samuel, migrante camerunés que sufrió una tragedia viajando a Marruecos.

Con ayuda económica del Programa de Derechos Fundamentales y Ciudadanía de la UE

Los puntos de vista y las opiniones aquí reflejados no son los de la UE ni los de ninguna de sus agencias.

Servicio Jesuita a Refugiados - Europa
Rue du Progrès 333/2
B-1030 Bruselas
BÉLGICA

Tel: +32 2 250 32 20
Email: europe@jrs.net
www.jrseurope.org
www.detention-in-europe.org